



El futuro del libro y el libro del futuro

Una conversación entre

**Roger chartier y
Antonio rodríguez de las heras**

El interés de la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación de la Universidad Carlos III de Madrid por la Historia cultural en general y por la de la Cultura escrita, el libro y la literatura en particular, han propiciado la confluencia de proyectos e investigaciones relacionadas con ella, no sólo en el Instituto de Cultura y Tecnologías y el Seminario LITTERAE, sino también en el Doctorado en Humanidades, en el que se imparte una especialidad de Historia cultural.

En colaboración entre LITTERAE y dicho Doctorado se organizó una sesión con los profesores Roger Chartier y Antonio Rodríguez de las Heras que, con el formato de una conversación, se ocupara de una de las cuestiones que nos han venido interesando en estos años: las transformaciones que las tecnologías actuales pueden provocar en el libro, en sus aspectos conceptuales y formales, en la función del autor, en la fijación y estructura del texto, en las formas de comercialización o en las de apropiación y lectura. Las perspectivas y formaciones de ambos especialistas hacían particularmente interesante el contraste de sus puntos de vista en ese diálogo.

En junio de 2000, se celebró dicha sesión en la Universidad Carlos III de Madrid, moderada y presentada por los profesores Emilio Torné y Enrique Villalba. La charla resultó apasionante y prolongada, y fue grabada con la intención de publicarla como hacemos ahora en estas páginas. El texto fue posteriormente transcrito y editado por LITTERAE (Ananda de Carlos, Vanesa de Cruz, Emilio Torné y Enrique Villalba) y después mínimamente revisado por sus autores.

LITTERAE. Cuadernos sobre Cultura Escrita, I (2001), pp. 11-40



ROGER CHARTIER es Director de estudios en l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y es reconocido internacionalmente como uno de los grandes renovadores de la Historia social de la Cultura escrita, especialmente en los siglos modernos, sus trabajos—en los que aúna el conocimiento de los textos, las formas materiales que los sustentan y las prácticas de apropiación o lectura— son un referente internacional. Sin ser hispanista, su conocimiento de nuestra literatura e historiografía, su atención e interés por los trabajos e investigaciones que se desarrollan en nuestro país y su afán por darlos a conocer son tan notables como su atención a los problemas que los actuales avances tecnológicos plantean en el mundo del libro, de la comunicación, de la educación.

Sus datos académicos y publicaciones aparecen en la Laudatio pronunciada con motivo de su investidura como Doctor Honoris causa y que publicamos en este mismo número.

Roger.Chartier@ehess.fr

ANTONIO RODRIGUEZ DE LAS HERAS es catedrático de Historia Contemporánea y Decano de la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación de la Universidad Carlos III de Madrid.

Director de Máster en Dirección de la Empresa Audiovisual, organizado por Carlos III y Antena 3 TV, Profesor en La Sorbona y en París VIII, fundador y ex Presidente de la Asociación Historia e Informática, grupo español de la Asociación Internacional History Computing, Premio Fundesco de ensayo 1990 por el libro Navegar por la Información.

Autor, entre otros, de los libros electrónicos: Historia interactiva de la Humanidad (dir), Teoría y Métodos en Historia Contemporánea, Nuevos espacios, Por la orilla del hipertexto, San Petersburgo antes de la Revolución. Y director de la obra Gran Crónica del siglo XX (océano).

Su línea de investigación se centra en el encuentro de las Tecnologías de la información y Comunicación con las Humanidades, con especial atención al libro electrónico y al hipertexto. heras@hum.uc3m.es



ANTONIO RODRIGUEZ DE LAS HERAS: me parece que podríamos comenzar esta conversación tratando de acercarnos a la identidad del libro. ¿Qué lo define a través de sus cambios? Desde mi interpretación, el libro es la máquina de memoria más eficaz hasta ahora construida para confinar información. Por tanto, independientemente de los cambios materiales y morfológicos que se vayan a producir por efecto de la tecnología, tendremos libro si seguimos siendo capaces de mantener o mejorar la capacidad del libro código para confinar información. El artificio resultante de la intervención de la actual tecnología en el libro nos dará, casi seguro, un libro sin papel, posiblemente sin páginas también, un libro blando (que se podrá actualizar y quizá nunca terminar), u libro poliédrico (que se podrá abrir y comenzar a leer por distintas caras), un libro hipertextual (en el que los pliegues no estarán ya sobre el soporte sino sobre el texto, y que el lector irá desplegando con su lectura)... Pero para mí seguirá siendo libro porque cumple su función de confinamiento. Comprendo que una visión más exigente sobre la entidad del libro rechace el que sigamos hablando de libro cuando no hay papel, no hay tinta, no hay sensación táctil.

ROGER CHARTIER: Desde luego, se trata de un tema esencial. Por un lado, estoy de acuerdo con usted en que no podemos pensar que el libro sea necesariamente el objeto que reconocemos como tal. Desde mi punto de vista, que es el de historiador de la Cultura escrita, es evidente que una serie de rollos puede constituir un libro; del mismo modo que llamamos libro al objeto que conocemos a partir de los primeros siglos de nuestra era hasta el siglo XX o XXI, con sus hojas dobladas sus páginas y su encuadernación; y podemos pensar, con algunos historiadores de la Antigüedad, que tabletas unidas pueden definir un libro. Así, no hay razón para no pensar que con la técnica electrónica el libro desaparece.

Sin embargo desde otro polo de la reflexión, estimo que, hasta el texto electrónico, ha habido algo común a todas estas otras formas de inscripción y transmisión de lo escrito: una relación visible e inmediata, incorporada por parte de los lectores, entre tipos de objetos, clases de textos y prácticas de lectura. En el mundo de la circulación de los tex-



tos, tal y como lo conocemos, hay una evidencia que distingue a los géneros discursivos a partir de su propia materialidad: una carta no es una revista, que no es un libro ni una ficha. Este sistema de distinciones materiales y textuales fue incorporado por cada uno de los lectores, incluidos los que no pertenecen a los medios culto-letrados, y definía un orden de los discursos cuyas diferencias eran inmediatamente visibles a partir de la forma del objeto. Me parece que en el mundo digital esto cambia por dos razones.

La primera es que ahora un único objeto hace aparecer frente al lector todas las clases de textos. Textos de naturaleza, géneros y uso muy diferentes aparecen en la superficie de la pantalla de un mismo aparato, bien sea el ordenador, el portátil o simplemente el *e-book*. Esta sería una primera discontinuidad, que puede provocar en los lectores de hoy una cierta incertidumbre en cuanto a la jerarquía, clasificación, diferenciación entre los repertorios textuales, dado que se dan a leer sobre el mismo aparato, lo que no existía ni en la Cultura manuscrita ni en la Cultura impresa.

La segunda razón estriba en que en este aparato las formas visibles de los textos son más o menos idénticas y remiten a las decisiones del lector. Es ésta una segunda discontinuidad, porque las otras formas de libro se daba a leer a través de una estructuración, de una materialidad que remitía a la intención del autor o más frecuentemente a las decisiones del editor y eventualmente de los que trabajan en los talleres tipográficos. Aquí el lector se encuentra con el poder sobre la apariencia, la estructura y la identidad del texto que nunca encontró antes.

Pero, a pesar de estas discontinuidades, considero que sí podemos y debemos mantener una categoría del libro inclusive en el mundo digital. El desafío planteado hoy en día es el de los criterios intelectuales y, más aún, de los dispositivos técnicos que van a permitir esta inmediata percepción de las diferencias entre los géneros textuales cuyas formas y cuyo soporte son idénticos. Y ésta es una primera pregunta para usted: ¿cómo se puede pensar en el mundo digital cómo se desplazan en el mundo digital las dos referencias que utilizamos implícitamente cuando hablamos de un libro? Si le pregunto si usted ha



leído el libro de... me refiero implícitamente a un objeto que tiene una estructura tal y como la conocemos para el libro impreso y me refiero, al mismo tiempo, a la obra que este libro conlleva. En general, si se pregunta a alguien si ha leído el libro de... no se refiere inmediatamente a una edición particular, sino a una identidad textual. ¿Cómo se puede en la cultura digital, no únicamente mantener, sino hacer visible para los lectores este criterio de coherencia, de identidad que llamamos libro? Lo que me preocupa detrás de este interrogante es una cierta inquietud o incertidumbre de los lectores que fueron acostumbrados a este sistema de relación inmediata entre materialidad de los objetos y el género de los textos, y que se enfrentan a una nueva forma de inscripción y transmisión de los textos en la que las distinciones tradicionales se borran. ¿Cómo, en su opinión, se puede mantener la categoría de libro como entidad textual en una técnica que la suprime como materialidad particular?

ARH: Creo que es imprescindible abandonar desde el principio cualquier tentación de trasladar la materialidad del libro a la materialidad de un ordenador. El libro que está llegando no es un ordenador, ni siquiera está en el ordenador; tampoco el libro de papel se transforma en un e-book, o tarjeta electrónica, del tamaño de un libro mediano, aunque algunos fabricantes pretendan hacérselo creer así poniéndole una tapa de cuero. Hay que evitar quedarnos enredados en los cables y en los botones y en la carcasa de los aparatos electrónicos, y no pasar de ahí; el libro nuevo existirá más allá del ordenador, tendrá un lugar en el espacio digital. Lo que sucede es que necesitamos la ventana de una pantalla electrónica para asomarnos a ese espacio, sea la pantalla de un ordenador personal, de un e-book, o sea una pantalla flexible y manejable como el papel. Al otro lado de la pantalla electrónica ha emergido un nuevo espacio, el digital, con propiedades distintas a las de este lado de la pantalla, a las de nuestro espacio tridimensional, y muy interesantes por las posibilidades que sugieren. Este espacio se muestra como un gran «atractor», y así se está dando un flujo incesante de objetos, actividades y sucesos que pasan al mundo digital. Este fenómeno lleva muy poco tiempo, pero nos impresiona ver la cantidad de cosas que ya tienen su lugar en el espacio virtual... y es sólo el comienzo de la ocupación y colonización de un territorio en el que estamos aún en sus bordes. Pues bien, un objeto de



la presencia e importancia del libro no podía quedar al margen de este desplazamiento, y ha pasado al otro lado de la pantalla. Como todo lo que entra en un nuevo espacio, sus primeros movimientos son torpes e inseguros, y procura seguir el comportamiento que le ha servido en el anterior entorno; así, por el momento el libro se recrea en el espacio digital a imagen y semejanza del libro de papel, es como si la pantalla fuera un espejo con el libro secular en una lado y una copia virtual en el otro. Esto sucede con todas las cosas que están pasando al otro lado del espejo, pero enseguida abandonan tal simetría especular y van tomando otras formas, hasta entonces insospechadas, más adecuadas al nuevo espacio y, sobre todo, aprovechando las posibilidades que abren las nuevas condiciones del mundo digital. De tal manera que terminan bien alejadas de sus formas originales. Todos hemos visto cómo ha evolucionado el periódico digital: en los primeros tiempos era una copia exacta de la versión en papel, pero progresivamente ha ido cambiando hasta tener una forma y organización que nada tienen que ver con las del diario que se distribuye en los quioscos, además de nuevas ofertas al lector. Lo mismo, creo, que va a suceder con el libro. Por tanto, me gustaría saber si estamos de acuerdo los dos en que no debemos identificar libro digital con ordenador, que el ordenador es sólo la interfaz material que nos permite acercarnos al libro, y a otras muchas otras actividades que residen más allá del ordenador, en el espacio digital.

RC: Desde el punto de vista teórico podría decir que sí, que no hay un ineluctable vínculo entre los textos o los libros electrónicos y una clase específica de objeto, de aparato que los vinculan o conllevan. Por ejemplo, toda la reflexión que se abrió a partir de la invención de la tinta y del papel electrónicos —por la gente del MIT— que proponen por primera vez, de una manera accesible al gran público, la idea según la cual, la transmisión electrónica de los textos no necesita obligatoriamente el ordenador, cualquiera que sea su forma. Este papel y esta tinta «electrónicos» puede conllevar llegar a leer textos sobre un libro en la forma más clásica o sobre un fragmento de un vestido.

Esto sería desde el punto de vista teórico, pero desde otro punto de vista, que es el de la historia de larga duración de las prácticas, es evidente que no se deshace sin más



un mundo de referencias, de percepciones, de representaciones incorporadas. Para los lectores de hoy, esta vinculación entre una materialidad específica y una tipología de los textos está incorporada, interiorizada. Me parece que aquí debemos reflexionar sobre las discrepancias o los desfases entre este sistema de representación que tiene esta profundidad histórica y las propuestas de una nueva tecnología. En la práctica histórica se sabe muy bien cómo los usos siempre están en un desfase en relación con las técnicas, pero en este caso, según usted sugiere, no es únicamente una nueva técnica sino una nueva conceptualización de la textualidad, lo que es aún más fuerte.

De esta manera, me parece que el enfoque teórico-tecnológico no se aplica inmediatamente como una realidad sociocultural. Debemos reflexionar sobre esto, para evitar el riesgo de tomar lo virtual por lo real; es decir, como si estas definiciones nuevas del texto, este mundo en que la materialidad no tiene sentido, fuese ya un mundo presente dentro de las percepciones y representaciones de los individuos. Estimo, desde una perspectiva sociocultural, que debemos evaluar estos desfases y la importancia de los sistemas incorporados en relación con la textualidad.

Por otra parte —incluso si usted tiene razón, y pienso que realmente la tiene—, también el texto electrónico va a encontrarse dentro de una pluralidad de formas de transmisión. No podemos encerrar la discusión como si el libro impreso y la computadora fueran equivalentes. Por ejemplo, los discursos sobre el *e-book* encierran una forma de incertidumbre porque un *e-book*, como usted ha dicho, es una agenda, un cuadernillo, una biblioteca, pero no se corresponde con el libro. Esto nos muestra el poder de la inercia del vocabulario, y de las categorías o representaciones detrás del vocabulario, y como éstas se mantienen pese a la ruptura fundamental de los conceptos.

Aún contando con esta pluralidad de soportes, necesariamente un texto se va a leer sobre un soporte, una cierta materialidad, cualquiera que sea, incluso si la tinta y el papel electrónico van a imprimirse sobre un vestido, una mesa o un código. Por esto, la cuestión se centra en este intento de comprender un texto cuya existencia no se puede



ubicar en ningún objeto, pero desde el punto de vista de la apropiación siempre va a darse a leer, o a usar, a través de una forma material particular. Aquí estriba la dificultad de vincular el punto de vista teórico y el punto de vista socio-cultural.

ARH: Pero la respuesta a esta cuestión la podemos encontrar si situamos el arco de lectura de un libro en pantalla en un entorno más amplio de otras muchas actividades realizadas también en pantallas. Es decir, creo que para entender los cambios de actitud y de percepción del texto en pantalla habrá que contar con los cambios en otro gran número de actividades y objetos residentes en el espacio digital. Quien esté leyendo un libro digital será una persona que quizá acaba de hacer una compra en una tienda virtual o se ha encontrado y ha conversado en la pantalla con un amigo, y que luego, a lo mejor, asistirá a un curso por la red o a una conferencia en directo o en diferido. Este fenómeno creciente de pantallización dará una percepción y una actuación distintas para lo que ahora somos muy torpes. Se producirá entonces una inevitable reflexión y un cambio de concepción respecto a la división que ahora marcamos de forma radical entre real y virtual, entre natural y artificial, que borrosificarán las fronteras. Porque ahora mantenemos la idea de que cuando nos sentamos ante un ordenador estamos sentados, como ya he dicho, ante un espejo, en el que lo original está aquí y lo virtual está allí. Esta distancia se irá reduciendo y la frontera de la percepción de uno y otro mundo, disolviéndose. Y esto afectará a la forma de entender y tratar el libro.

RC: Sí, se podrá decir como una broma, que ocurre lo mismo que en el Quijote; es decir como lo subrayaba Borges, que la diferencia entre lo que sería real, es decir, el lector, y lo que sería virtual, es decir, la historia, es finalmente borrada por Cervantes, porque los protagonistas del Quijote han leído la primera parte de la novela, y quizá el lector es un protagonista de ficción, de esta manera hay como una ampliación de la posibilidad inscrita en la novela.

ARH: Desde luego, en cuanto a la difuminación de la barrera entre lo natural y artificial, el proceso se está acelerando en esta época. El ciudadano de la sociedad tecnológica de



hoy es un hombre con los atributos de «protético» y de «extravertido». Cada vez más artificios entran en su cuerpo y sustituyen, reparan o amplifican algunas de sus partes o funciones en forma de implantes, transplantes o prótesis, y, en sentido contrario, también vierte funciones, energía destrezas, en artefactos que las amplifican: muchas de nuestras acciones naturales se prolongan a través de máquinas, herramientas, autómatas y se amplifican espectacularmente.

- RC. Sí, pero volvamos a nuestro punto de partida con un ejemplo sobre esta nueva inestabilidad, esta nueva difuminación de la frontera para nosotros, hasta ahora, segura, aunque no lo sea tanto. Los comentarios tradicionales sobre el texto electrónico, el mundo digital hacen hincapié en la plasticidad, la movilidad, la apertura del texto. Estas son las categorías que se utilizan para oponer esta nueva textualidad frente a la textualidad impresa o manuscrita que tiene una cierta fijeza, que no se abre al lector y que no tiene plasticidad.

Si estos diagnósticos o criterios de descripción son verdaderos, como usted piensa, existe la posibilidad de mantener la definición del libro no como un objeto particular, sino como una obra que tiene una identidad particular, que supone una cierta coherencia y que se recibe como una entidad textual diferenciada de otras. Lo que me preocupa es la idea según la cual todos los textos en el mundo digital son finalmente bancos de datos, es decir, que los fragmentos se pueden extraer sin que sea percibible la identidad que define la obra como obra.

Si es cierto que podemos desplazar el criterio del libro de una forma material a otra y le sumamos la ausencia de materialidad del texto, la única materialidad sería la del soporte. Nos queda este problema: ¿cómo pensar la identidad de la obra, definida a partir del siglo XVIII según los criterios de presencia en la obra de una cierta forma de estilo, sentimiento, ideas? ¿Cualquiera que sea la forma de la obra, hay elementos estables que permiten reconocerla como obra, es decir, diferente de otras, y como género estético particular. ¿Cómo se mantiene esta definición clásica —si debe mantenerse— dentro de un mundo en el que los nuevos criterios de descripción que manejamos cada día —de



maleabilidad, de movilidad, de plasticidad— ponen finalmente en cuestión los criterios de estabilización?

ARH: En efecto, definiendo que el libro digital será un libro blando, que a partir de un determinado tamaño crítico el libro se ofrece al lector, y que el autor seguirá cuidándolo, es decir, ampliándolo con más texto, eliminando, retocando o sustituyendo partes. No creo, sin embargo, que esto suponga hacer peligrar la identidad de un texto: la memoria es memoria porque no sólo retiene sino porque olvida, y por este flujo y reflujo constante de recuerdo y olvido mantenemos nuestra identidad a través del tiempo y del espacio.

El libro es la mejor máquina de memoria que hemos construido y, en consecuencia, procura reproducir el funcionamiento de la memoria natural con los medios disponibles en un momento determinado; hasta ahora los soportes utilizados no facilitaban la tarea de actualizar el contenido, ya que cualquier cambio significaba alterar también el soporte; sólo el soporte pergamino, por su resistencia, posibilitó estas acciones, aunque con gran dificultad y limitaciones (recordemos los palimpsestos). En los nuevos soportes digitales las acciones sobre la información no dejan ninguna huella en el soporte ni residuos. La posibilidad, por tanto, de incorporar esta propiedad de la memoria —la actualización de la información— al conjunto de otras propiedades que ya se ha conseguido reproducir en el libro, como memoria exenta, es un punto destacado en mi defensa de la continuidad del libro en el nuevo entorno tecnológico, en el espacio digital. Recordemos que antes de la imprenta, y también en sus primeros tiempos, los libros recogían una obra definitiva, que se entregaba al final de un trabajo de pensamiento y de creación, no durante esos procesos. Pero a medida que las técnicas de impresión se desarrollaron e hicieron más fácil la producción material de libros y que, a la vez, el mercado se intensificaba, el libro ya no sale como obra definitiva sino provisional, libro de corta vida que dejará paso a otro del mismo autor en donde se recoge parte del anterior, se corrigen otras partes y se añaden novedades. Los libros hoy nacen con muy poca ambición de pervivencia y mucha más de hacerse notar durante un espacio corto de tiempo. Pues bien, con la edición electrónica se entra en una tercera etapa, en la que el libro es abier-



to y el autor cuida de su mantenimiento como se puede cuidar un jardín, arrancando, plantando, cortando. La idea procedente de las dos etapas anteriores por la que el autor entrega su obra, realizada con esfuerzo y amor, y se le va irremediamente de sus manos y de su control no tiene por qué mantenerse en el libro digital, ya que el autor no se ve obligado a desprenderse, si lo desea, de su obra, que puede seguir perfeccionando. Permítame, profesor Chartier, esta exageración: podríamos hablar, entonces de un libro único para el autor. Y pienso que no vendría mal esta contención, a la vista de los excesos de algunos autores. Bueno, esto es una broma.

RC: Usted siempre se ha referido al libro único del autor; es decir, desde el punto de vista de la creación, de la escritura. Sin embargo, las observaciones sobre el texto electrónico a menudo han tomado otra posición, la del lector-coautor, introduciendo su escritura dentro de una escritura ya presente: la del autor. El lector tiene, así, capacidad de mover, borrar, transformar el texto. En este caso, la pregunta sería: usted ha supuesto una identidad mantenida a través de la reescrituras del libro único, pero ¿qué papel atribuye usted a estos lectores múltiples que pueden intervenir?

Y si entro en el juego de proyección que usted ha planteado aquí, ¿por qué pensar en un libro único, y no en un autor único, en un libro escrito de una manera infinita por cada uno? En este sentido, la antigua distinción que separa al autor del lector desaparece, no hay más posiciones o posturas de autor. El libro único sería el libro de las utopías del siglo XVIII, en muchas de ellas parece un libro único que nadie ha escrito pero que cada uno ha escrito. ¿Por qué limitar esta proyección de la imaginación dentro de las categorías clásicas de la diferencia autor-lector?

ARH: En mis anteriores palabras me quedaba en la visión de un libro abierto, por blando, y quizá único, que el autor entrega al lector sin desprenderse de él. Pero ahora usted va más lejos y habla del libro abierto a la escritura de sus lectores, del libro tejido con múltiples hilos procedentes de muchos autores, como se teje una conversación amigable con las intervenciones de los contertulios. Ciertamente que la tecnología actual ha abierto la



posibilidad de intervenir al receptor sobre la emisión del mensaje, un bucle que ahora comienza a utilizarse más en producciones televisivas en las que los espectadores pueden, a través de la red, influir de alguna manera en la marcha de lo que está sucediendo al otro lado de la pantalla. Y desde luego que esta interacción va a producir cambios significativos en la producción audiovisual y en las actitudes, hasta ahora pasivas, de las personas ante el aparato de televisión. Sin embargo creo que fuera de escenarios de entretenimiento, propios de la televisión y de la radio, y quizá, más tarde, de la política en esta tribuna audiovisual (encuestas, entrevistas, discursos...) la posibilidad de este bucle no se desarrollará tanto. En concreto, la creación de un libro, a excepción de libros-foro, se sustentará sobre la creatividad y esfuerzo de un autor. Lo que sucederá, sin embargo, es que el libro se podrá convertir en el núcleo de encuentros y debates de los lectores, y, entonces, la lectura pasará del texto del autor al cruce de ideas y comentarios de sus lectores, y todo ello integrado en lo que sería un libro digital. Y también el autor, al escuchar a sus lectores, volverá a su texto para retocarlo, para seguir su desarrollo por otro camino abierto quizá por el contacto del autor con los lectores. Con un texto blando, que no abandona al autor y en el que, si se quiere, puede influir el lector, hay un campo muy amplio de experimentación, pero creo que la escritura nos da la capacidad de diferenciación, de individualizarnos de entornos anónimos, y esto significa una razón de peso para que siga habiendo autor. Se desarrollarán experiencias de participación colectiva en la creación, pero la escritura seguirá siendo un vehículo imprescindible para la individualización, aunque, eso sí, se dará mucha mayor relación entre el autor y sus lectores. Ahora mismo en www.elmundolibro.com se está redactando La novela del 2000, y en la que participo periféricamente con una introducción sobre ciberliteratura. Para la realización de esta obra intervienen novelistas consagrados y lectores, y se publicará posteriormente también en papel.

- RC: Si resulta que a través de dispositivos se va a impedir la introducción del lector dentro del texto; y se va a limitar su intervención a los márgenes de este texto sin páginas ¿cómo se plantea entonces la relación entre los márgenes abiertos, plásticos, maleables y, por otro lado, el texto como estable?



Curiosamente, la economía de la publicación electrónica busca algo semejante, pero para sus propios fines. Me refiero a las *securities*, las seguridades que, para las grandes empresas multimedias, deben impedir a un tiempo la copia del texto y también la introducción del lector dentro de la obra. Así, encontramos una confluencia un tanto paradójica entre lo que puede salvar la identidad textual referida a una creación singular y, por otro lado, los intereses económicos de la publicación electrónica, que suponen que la plasticidad o la movilidad sean muy coercionadas para evitar la copia gratuita, la piratería o finalmente la confusión de la obra con otros textos.

¿Cómo ve esta tensión entre la edición electrónica dirigida por las grandes empresas multimedia, por ejemplo, Microsoft —particularmente con el e-book, teóricamente «más seguro» desde el punto de vista— que busca impedir la copia o el traslado del texto, y lo que usted plantea a un nivel completamente diferente porque no es un nivel de la empresa, no es el nivel del provecho económico, no es el nivel del negocio sino que es un nivel teórico, estético, intelectual. ¿Cómo ve la relación o posiblemente el antagonismo entre estas dos virtualidades del mundo electrónico?

ARH: Sí, tiene razón, la tensión existe entre las ideas, los proyectos, y la lógica comercial; es una tensión que se viene dando entre creatividad e intereses económicos antes de haber entrado en el espacio digital; es una constante en el desarrollo de nuestras sociedades. Y de estos dos arrastres, si no necesariamente opuestos sí divergentes, sale un vector resultante que nos hace avanzar, aunque no sea coincidiendo por ninguno de los dos caminos buscados por las dos fuerzas: la creación pura y el dinero. Por lo que está sucediendo en concreto en el recién estrenado mundo digital es que la economía sigue tratando sus productos digitales como si fueran entidades semejantes a las de nuestro mundo en tres dimensiones. Sigue presente en buena medida la visión especular de la pantalla, de tal manera que aquello que hay al otro lado es una copia de lo que tenemos en nuestras manos, y que las leyes y reglas que lo regulan son las mismas que aquí. Esta inercia tiene necesariamente los días contados: un caso bien explícito es el de la música en la red. El negocio discográfico seguía empeñado en la interpretación de su producto como un



objeto en donde está enlatada la música, sea éste un CD, una casete o un disco de vinilo. Pero la música en la red no necesita quedar encerrada, ofrecerse y distribuirse en discos o cintas. Sin embargo, la resistencia de las grandes empresas discográficas, con intervenciones legales, a los pioneros que veían otras formas de vender música ha dejado ya paso a una confesión de las empresas de que, en efecto, el negocio está en entender otra manera radicalmente distinta de hacer negocio con la música en el espacio digital y que oponerse a esto es perder tarde o temprano la batalla. Pues bien, como este ejemplo tendrán que venir otros muchos: estamos al principio. De todas formas, quiero también aprovechar este turno de palabra para apuntar una sospecha acerca de la ubicuidad del libro en un futuro. En estos momentos, por problemas principalmente tecnológicos y de inversiones insuficientes e infraestructuras, de capacidad de transmisión de la red, se «bajan» los productos, como puede ser el libro electrónico, al ordenador personal o al e-book, pero esta endeblez de la red no se podrá mantener mucho tiempo, resulta ridícula. Entonces podrá fructificar la idea de que en el espacio digital no es necesario hacer copias de un objeto para hacerte con él. Por ejemplo, el libro digital: ahora, cuando lo «bajamos», traemos una copia a nuestro ordenador, por tanto, en nada (a excepción de la velocidad y amplitud de distribución y velocidad de replicado) se diferencia del proceso de la imprenta, en el que la ubicuidad del libro, frente al manuscrito, se consigue con la facilidad de hacer copias. Pero, corred de alta velocidad, no habrá más que un libro, ubicuo, al que desde cualquier punto se podrá acceder para leerlo y que no habrá necesidad de hacer copias. Será como tener un libro en un gran facistol, pero es más, sin tener, naturalmente, que leer todos la misma página a la vez. Imposible desde este lado de la pantalla; factible al otro lado.

RC: Pero, ¿dónde se lee ese libro que no se «baja» desde una red electrónica o una distribución on-line?, ¿en una pantalla única ya que hay un libro único?, ¿la Humanidad reunida frente a una enorme pantalla?

ARH: No, no. Me he explicado mal. Si yo «bajo» un libro digital, tengo en mi disco duro una copia del existente en un servidor de una editorial. Puedo, por consiguiente, desconectar-



me de la red y seguir con mi libro. Pero si dispongo de una red rápida y barata, no tengo necesidad de depositar una copia en el ordenador, basta que vaya leyendo el libro: la página (si el libro tiene páginas) permanece en mi pantalla durante el tiempo en que la estoy leyendo, después no reside en mi disco duro; ha llegado con un clic del servidor en donde está el único, pero ubicuo, libro, queda sostenida la página en mi pantalla y, tras un nuevo clic, desaparece. Es como el streaming para los productos audiovisuales: puedo estar viendo un contenido audiovisual que, como si fuera una cinta, se encuentra en un servidor, e igualmente otras personas lo están haciendo desde otros ordenadores, pero, a diferencia de una emisión de televisión, en que estamos viendo todos la misma imagen a la vez, aquí no hay esta obligada sincronía.

RC. Pero, siguiendo con el argumento, ¿usted no piensa que esa perspectiva es algo idealista? Es decir, podemos suponer que todo esto fuese teórica y técnicamente posible, pero estamos en un mundo en el que hay intereses, contradicciones, desigualdades; de manera que sería arriesgado pensar que porque dispongamos, ahora o pronto de unas ciertas posibilidades técnicas vayan necesariamente a establecerse o a producir efectos positivos.

Una primera observación sería que no hay un determinismo técnico; en la técnica no hay evidencia en sí misma que le dé sentido. El resultado, el uso y el efecto de una técnica dada se remite a los conflictos, las tensiones y lo que está en juego alrededor de esta técnica. Un punto fundamental del famoso ensayo de Walter Benjamín sobre la reproductibilidad mecánica de la obra de arte es, precisamente, subrayar que no hay un sentido dentro de la técnica, que finalmente la misma técnica puede ayudar al establecimiento de un poder tiránico o a una forma de emancipación de los pueblos, como demostraba a propósito de la foto, del cine y de la grabación de la voz.

La segunda sería que en este mundo social, si pensamos en la Humanidad entera, no sólo hay una distancia enorme entre los recursos actuales y las posibilidades de acceso económico o cultural a este nuevo mundo, sino que, además, los intereses económicos que controlan el mercado —sea de la publicación electrónica o de los aparatos que



conlleven dichas publicaciones— no van a aceptar necesariamente otra forma de comunicación, de inscripción, de apropiación de los textos electrónicos.

A eso me refería al hablar de un riesgo de idealismo: pensar que algo que es técnicamente posible se va a imponer necesariamente. Sería, por ejemplo, el discurso de Microsoft, en el que la evidencia democrática y educativa en la técnica en sí misma, borra o esconde los intereses particulares, presentando la inmediatez de la transformación del proceso técnico como un bienestar universal. Se esconden así, desde una perspectiva cínica o benevolente, los intereses propios de la empresa.

Hay un riesgo de retomarla con un proyecto completamente distinto pero que finalmente podría remitirnos a la misma idea: que la técnica, este mundo que usted describe como posible, quizá presente aunque no lo vemos, ya existe, y existe, además, fuera de los conflictos y tensiones que quizá vayan en un sentido contrario o intenten apropiársela o utilizarla para fines que no son los suyos.

ARH: Totalmente de acuerdo. La Historia de la ciencia y de la técnica ayuda decisivamente a evitar esta simplificación y este determinismo. Con ella vemos los retrasos, las desviaciones, las mixtificaciones y, también, mitificaciones de los descubrimientos e inventos por la acción de los poderes políticos, académicos, religiosos, militares y económicos. La interpretación del avance científico y tecnológico como una línea recta es ingenuo e inaceptable. Evidentemente, pues, una posibilidad tecnológica no supone una evolución en este sentido; en esto no se diferencia la evolución artificial de la natural: está hecha de la negación continua de posibilidades. Sin embargo, es bien distinto que interpretemos para un corto plazo de tiempo un segmento concreto, como puede ser el libro digital. Se puede intentar trazar una tendencia sobre el fondo borroso de la incertidumbre. Veamos el comportamiento que la empresa editorial ha tenido con respecto a la tecnología informática en estos últimos años. Con simples procesadores de texto, y otras aplicaciones de edición, el texto se hacía blando y, por tanto, se podía preparar con gran facilidad y rapidez al otro lado de la pantalla y luego, una vez concluida esa importante operación, traerlo a este lado



de la pantalla a través de la impresión sobre soporte de papel. Ninguna empresa se resiste hoy a este beneficio. Pero una vez que el texto está en el espacio digital, viene la tentación inmediata de por qué volcar en una tirada todos los ejemplares que se supone que podrán venderse y no, por el contrario, esperar a que la demanda vaya llegando y a medida que se solicita el libro se imprime el ejemplar. Ya hay editoriales que ensayan esta reorganización de su producción. Pero hay más, si el texto está ya en el espacio digital, disfrutando de propiedades muy atractivas para las necesidades de una editorial como que ya no sólo es blando, sino ubicuo, y, por consiguiente, con una logística de distribución radicalmente simplificada, ¿por qué no dejar el libro definitivamente en el espacio digital y no traerlo a este lado? Y tenemos, entonces, el libro electrónico. Ahora en fase de tanteos pero con las empresas decididas a incorporar a su negocio el ensayo del libro electrónico, bien en la pantalla del ordenador personal o en tabletas electrónicas diseñadas ex profeso para una lectura más cómoda o incluso sobre pantallas ligeras y flexibles como el papel (la tinta electrónica, e-ink) que podrían llegar a encuadernarse y disponer así de un libro código de hojas en blanco que se cargaría con un texto y que, una vez leído, se vaciaría, quedarían las hojas de nuevo en blanco dispuestas a recibir de la red un nuevo texto: un auténtico palimpsesto, gracias a la tinta electrónica. Pues bien, ¿hemos llegado en cuanto a la evolución del libro por efecto de la tecnología al final? Una vez que resida el libro en el espacio digital y se haya desprendido del papel, ¿va a seguir manteniendo la forma adquirida en la página? ¿Por qué no surgirán formas nuevas de organización del texto?

- RC: En este momento es evidente que las empresas más poderosas buscan con el e-book una forma de estabilizar esta evolución que usted describe, porque, por un lado, el e-book es la única técnica realmente capaz de evitar la «piratería» —sin posibilidad de copia, de traslado—, mediante la identificación del poseedor. Y por otra parte, el poseedor del objeto se vuelve en cierta manera «autor» del texto, pues aunque su nombre no aparece como autor como del texto, sí como poseedor exclusivo de este texto en una forma que no puede copiar, trasladar, transmitir. Si —como ha demostrado la pequeña historia de la novela de Stephen King— los ordenadores no pueden impedir técnicamente la piratería, las securities del e-book deben teóricamente impedirlo.



Los esfuerzos se encaminan, de esta manera, a desplazar a los lectores de los libros electrónicos, del ordenador —que puede servir para otra forma de comunicación electrónica—, hacia el e-book como soporte buscado para transmisión de las publicaciones electrónicas. Creo que es lo que se intenta imponer, lo que se busca, aunque no vaya a parar en este momento. Pero no estoy absolutamente seguro que se vaya a inventar una alternativa rápidamente, porque se está trabajando sobre esta forma de estabilización del texto.

ARH: Me cuesta trabajo creer que el interés por el e-book se deba sólo a que proporciona mayor seguridad ante las copias ilegales. Pero aunque así fuera, las consecuencias culturales de esta razón económica serán muy importantes y desborden el marco estrictamente crematístico. T además, como antes señalaba, ¿no está sucediendo lo mismo con el disco o la cinta de casete?

RC: Sí, pero el ejemplo de los discos, su fluidez, su posibilidad de apertura, la piratería..., funciona más bien como lo que se debe evitar, como contraejemplo. En el texto electrónico todos los esfuerzos van en la dirección opuesta: inventar los objetos, aparatos o dispositivos que impidan para la publicación electrónica lo que ha sucedido con la transmisión de la música.

Es decir, aunque son, técnicamente, casos paralelos, las reflexiones de las empresas de publicación electrónica y de fabricación de aparatos electrónicos son diferentes: el e-book es el medio más fácil descubierto hasta ahora para impedir lo que sucedió en el caso de la música.

Es, pues, otro ejemplo de la tensión entre los intereses contradictorios por un lado de los usuarios, los autores, los productores o editores que se especializan o utilizan la publicación electrónica o los fabricantes de software o aparatos, y por otro, la reflexión sobre las posibilidades abiertas y en parte desconocidas, o virtualmente posibles pero que no se han transformado en una realidad técnica accesible. En esta contradicción de intereses hay una fuerte tensión, que estaba en el punto de partida de nuestro diálogo.



ARH: Pero, insisto, ¿usted cree que va a terminar la evolución del libro iniciada con estas tecnologías en la implantación del e-book? ¿No se van, pues, a producir más cambios y de más calado todavía que el ya importante de leer en una tableta electrónica? Sabiendo, además, que en el espacio digital el libro tiene, como tantas otras cosas, unas propiedades nuevas que se pueden explotar.

RC: usted conoce la respuesta. No lo sé. Lo que me ha llamado la atención, a partir del punto de vista de los que abogan por el e-book y sus intereses económicos, es que intentan demostrar que es también el interés del autor.

Como siempre los editores movilizan la figura del autor cuando hay una dificultad, una crisis, o lo que definen como crisis. En el siglo XVIII, los libreros e impresores de Londres inventaron el autor para justificar sus derechos tradicionales. El autor propietario del texto era la condición para que el impresor o librero que había comprado el texto recibiera esa propiedad imprescriptible del autor.

Y ahora, en este mundo que se muestra obsesionado por la piratería, movilizan los derechos del autor, pero lo hacen para justificar un intento de estabilizar la transmisión electrónica de manera que la piratería sea imposible. La razón por la que creo que no va a abandonarse lo que ahora se está buscando —incluso si hay otras posibilidades que parecen menos seguras en términos de la fijeza o la estabilidad— es que quizá hay una evidencia de otras posibilidades técnicas y que se pueden también inscribir en una perspectiva que va a asegurar los derechos de unos y otros, que van a sustituir más rápidamente de lo que pienso al e-book.

Pero resulta un tanto sorprendente, porque hablamos del e-book como si todo el mundo tuviera un e-book, y, sin embargo, es algo relativamente raro, que concierne a una fracción muy particular de los lectores. Es una ilusión pensar que porque existe está compartido, pero no es esa la realidad sociocultural, no es la realidad socioeconómica. De aquí la dificultad para seguir sus pasos, porque una técnica que está únicamente al



borde de una primera difusión restringida le parece muy anticuada y completamente superada por otras posibilidades.... Eso hace difícil la reflexión del historiador que suele trabajar con duraciones un poco más largas para describirlas o documentarlas. De ahí el placer y la dificultad de la discusión, porque aquí está siempre el choque entre la invención técnica, la imaginación intelectual, y los cambios lentos a nivel de las prácticas, en relación con los hábitos incorporados o en relación con las desigualdades socioeconómicas o culturales que rigen las prácticas. Quizá no debemos acentuar demasiado esta falta de plasticidad y de movimiento de las prácticas, pero existe; y me parece que esta discrepancia es la más preocupante, el desafío mayor entre, por un lado, la movilidad acelerada de la imaginación —más aún que de la invención técnica—, y, por otro, lo que resiste en el mundo social en cuanto a hábitos, costumbres, prácticas, y que remite al mundo de las desigualdades. Se trata de una dimensión que me parece absolutamente fundamental que introduzcamos en nuestro diálogo.

ARH: Desde luego que hay un desajuste muy fuerte entre lo que se vislumbra al mirar al frente y lo que se ve al mirar dónde tenemos puestos los pies. Y esta diferencia se acrecienta en este caso que nos ocupa, pues la velocidad de cambio es muy grande y parece que todo es inconsistente y que cualquier cosa puede llegar. Pero precisamente esta velocidad es la que empuja a la imaginación a estar más activa y a ensayar caminos nuevos, actitud que en un entorno más reposado, de menor excitación, no se favorecería. La consecuencia es un grave contraste entre lo que tenemos y lo que deseamos. Un desequilibrio que ayuda a avanzar o que lleva a precipitarse. ¿En qué grado de desequilibrio estamos? Bien, quizá con mi posición me sitúo dentro de los que exageran la capacidad de transformación de estas tecnologías, pero me resisto a renunciar a que el libro en el espacio digital tiene otras posibilidades de cambio que no se limitan a las que se concretan en el e-book. ¿No nos damos cuenta de cómo ha evolucionado el periódico digital? Hace muy pocos años la versión en pantalla era un calco de la edición en papel. Recuerdo una comida con el editor de un grupo de prensa de este país, durante la que insistió con vehemencia en que sus periódicos no pasarían a la red, pues no era negocio ni tenía futuro. Hoy se pueden leer todos en pantalla. ¿Por qué han pasado si



no ofrecían ningún atractivo? Desde luego los principios eran desconcertantes, pues ya no sólo no había ventajas para los dueños de los periódicos sino que tampoco para los lectores, de no estar residiendo en las antípodas. Sin embargo, en poco tiempo el periódico convencional se ha roto en el espacio digital y ha comenzado a mostrar unas formas distintas de presentar la información, de dosificarla, a ofrecer nuevos contenidos, a introducir componentes audiovisuales, a posibilitar seguir en tiempo real la marcha de un acontecimiento, a permitir al lector una mayor participación y a facilitar la reunión de los lectores en los foros o la conversación con un personaje. Ya en nada se parece a un periódico en papel; es irreconocible. Creo que al libro, una vez dentro del espacio digital, y una vez que haya pasado la aduana presentándose como una versión virtual del libro secular, le esperan de mano de los creadores transformaciones importantes.

RC: En esa dirección, me parece que el periódico es un ejemplo interesante, porque usted ha hablado de la transformación de la estructura textual, que no es una mera copia de la forma impresa, sino que inventa su propia lógica, inclusive para introducir otros vehículos de la palabra, de la escritura. Pero ¿cómo se articula esta transformación estructural del texto con la composición del público y los usos del periódico? Porque estimo que los historiadores, a menudo, han hecho una proyección anacrónica, por ejemplo, de las maneras de leer, que son las nuestras, como lectores del XX, lectores profesionales, lectores que suelen leer silenciosamente y solitariamente y en búsqueda de la interpretación del sentido. Y este modelo de lectura, que tiene sus criterios específicos, fue durante mucho tiempo pensado como un modo de lectura universal, que se podía proyectar sobre el pasado, olvidando prácticas completamente diversas de lectura —en voz alta, colectiva, o incluso silenciosa—, que implicaban una relación con lo escrito que no es necesariamente hermenéutica. De aquí que desde la Historia de la lectura debamos rechazar la proyección retrospectiva anacrónica de un modo específico, temporalmente ubicado dentro de la larga duración.

Existe un riesgo que sería paralelo, que significaría una proyección no anacrónica, sino una proyección sociológica que construye una figura muy particular del lector. Es decir, este



lector del periódico electrónico es un lector que define una comunidad de lectores muy particulares en el mundo contemporáneo, son los lectores que necesitan una información inmediata, supongo, de la política y de la bolsa, son lectores que viajan y que deben leer el periódico en otro país o fuera de casa, en el avión, en el tren..., son lectores con expectativas en relación con el contenido del periódico, que no me parecen definir las necesidades ahora —hablo ahora, no sé en el futuro— de la mayoría de los lectores.

Y de esta manera, lo que me inquieta un poco sería un riesgo paralelo al que han encontrado los historiadores de la proyección anacrónica de prácticas del presente como si fuesen prácticas de todos los tiempos. Aquí nos encontraríamos con la proyección sociológica de comunidades de lectores que existen, pero que son minoritarias, como si encarnaran la figura universal del lector. Así, entendemos como universal algo muy específico, y el peligro inmediato es el de producir una textualidad pensada para esta comunidad restringida, que es tomada como la comunidad universal de los lectores. Es un poco el problema de Kant en la Ilustración. La Ilustración no es un estado, es un proceso. Quizá, en el siglo XXI, XXII, XXIII, si todo va bien, las dos figuras puedan ajustarse: al nuevo tipo de lector y la comunidad universal de los lectores. Pero no es la realidad actual, ¿cómo cree usted que podrían superarse estas discrepancias entre una figura del lector ajustado al texto electrónico en todas sus formas y la realidad de los lectores, sabiendo que hay mucha gente en nuestro universo que pertenecen al mundo del analfabetismo? El riesgo sería no ya el del mundo del analfabetismo reducido, sino el de un nuevo iletrismo creciente, que se vería reforzado por la ilusión de la proyección sociológica de la cual hablo.

ARH: El lector del periódico electrónico nos existe, se está haciendo. Ahora hay una cantidad mínima de lectores para que la experiencia arranque, pero a medida que también otras actividades se vayan realizando en la pantalla se pasará de forma más fácil de una determinada tarea en Internet a leer el periódico. La lectura en pantalla es un proceso que vendrá trenzado con otras actividades trasladadas a ella y que seguirá el mismo camino que la introducción de cualquier otra práctica a lo largo de la historia: extendiéndose más o menos rápidamente, dejando espacios sin cubrir, provocando resistencias, dete-



niéndose al llegar a un punto y, por tanto, dejando a unos dentro y a otros fuera, es decir, creando nuevas desigualdades, sobre las que luego, por justicia, hay que intervenir. Considero que el problema de la lectura en pantalla se debe englobar dentro de otro más general: la división que se producirá en años próximos entre quienes su trabajo, además de otras actividades de ocio y relación, se realizará en una pantalla y quienes por la naturaleza de su trabajo no podrán hacer esto. Provocará en el interior de las sociedades una división más marcada que la dada entre el campo y la ciudad.

RC: No pienso que los nuevos lectores se creen por sí mismos. No me parece que la técnica o la propuesta de una nueva forma genere la capacidad de entrar en este mundo. Creo que se necesitan mediaciones, aprendizajes y es la razón por la cual, por ejemplo, resulta paradójico lo que se ve en América Latina: el sueño de Internet en cada escuela, cuando hay pueblos a los que no llega ni siquiera electricidad. Me parece una ilusión muy grave, porque podría convertirse en un dispositivo para echar a los maestros o para suprimirlos. Para mí no tiene sentido introducir todo lo que conlleva Internet en el aprendizaje, sin las mediaciones adecuadas. Puedo decir lo mismo de las bibliotecas: me parece que técnicamente podrían desaparecer como lugar de recepción o transmisión de los textos. Si suponemos que todos los textos que fueron escritos se convierten en un texto electrónico, ¿por qué mantener una biblioteca?

Me parece fundamental comprender que desempeñan papeles que desbordan la forma técnica de comunicación de los textos: una función de sociabilidad alrededor del texto, una función de aprendizaje del mundo electrónico o inclusive una función de conservación. Aunque fuesen transformados en textos electrónicos todos los textos del patrimonio textual manuscrito o impreso, permanece la necesidad absoluta de mantener el acceso posible a la forma en la que circularon antes del momento de su transformación electrónica. De esta manera, me parece que el riesgo —es el de asumir ciertos discursos que parecen técnicamente, intelectualmente, teóricamente bien fundamentados, pero sirven a fines que van casi en un sentido contrario a su propuesta, las técnicas producen, crean, sus públicos, pero al mismo tiempo no es una



creación abstracta, se necesitan mediaciones y, es necesario no olvidarlo, aparecen resistencias de muy diversa índole.

ARH: Sí, totalmente de acuerdo, no hay motivo ninguno para discrepar. No creo que en la historia haya habido otro momento parecido a éste en cuanto a presión para introducir unas nuevas técnicas y unas prácticas, para extender el uso de Internet. No creo que haya habido nunca una presión tan grande para que ricos y pobres acepten que si no están en Internet no van unos a mantener su posición privilegiada y otros a salir de sus problemas. Y esta presión va a producir planteamientos ridículos, absurdos, por los contrastes con los que dice pretende y lo que realmente hay. Basta escuchar a los políticos, que hace dos días ignoraban estas tecnologías y ahora no hay discurso en que no hablen de la sociedad del conocimiento, pero falta un proyecto bien pensado sobre cómo entrar correcta y firmemente en ella. En fin, como lo decía antes, lo que me parece más probable es que en los próximos años internamente, en los países avanzados, y entre éstos y los desfavorecidos se abra una brecha a causa del desigual acceso a estas tecnologías. Y a la vez, y esta es la paradoja, se presentarán unas posibilidades de superación de viejos desequilibrios, que habrá que coger con agilidad e imaginación antes de que pase irremediablemente la oportunidad. Hay, pues, que estar muy atento en esta situación contradictoria y no tomar la postura recelosa y despectiva ante la tecnología, pues puede ser, cogida a tiempo y con habilidad, palanca para remover muchas cosas.

RC: Sería terrible sustituir la división entre analfabetos y letrados por una división entre «conectados y desconectados», sería una nueva forma de debilidad social.

ARH: hay, además de éste, otro tema que me parece preocupante, y son las posibles consecuencias de la lectura en pantalla. El libro se ha descuadernado. El libro como una unidad, y una totalidad, de lectura disponible en tus manos y abierta para tus ojos, que se iba desvelando mediante un proceso lento y disciplinado de lectura, se ha perdido. Creo que, por efecto del entorno audiovisual, cada vez más caleidoscópico, con secuencias muy cortas, a las nuevas generaciones les cuesta leer más un libro desde la



primera página a la última, una página desde el ángulo superior izquierdo al inferior derecho. Desde los libros de texto de primera y segunda enseñanza a los apuntes en la universidad se intensifica esta tendencia. Basta abrir uno de estos libros de texto para entender cómo se puede descuadernar el libro sin deshojarlo: cualquiera de sus páginas está fracturada por recuadros, fondos de colores distintos, ilustraciones innecesarias, nada anima a que los ojos se deslicen por los cauces de las líneas, sino, más bien, a que salten de un lado a otro de la página, a que vayan picando los fragmentos. Me cuesta aceptar, aunque los pedagogos tendrán sus razones, y éstas estarán bien fundadas, que a los niños, en vez de animarlos y dirigirlos en la lectura completa de un libro, se les encargue como deberes que hagan fichas, recorten y peguen noticias de periódicos de las que sólo leen el titular o se fijen en la fotografía... El resultado de déficit de horas de lectura y un exceso de tiempo dedicado a recortar y pegar. Pero los mayores no nos libramos de esta fractura en la lectura: lo que se llama navegación por la red la favorece. Se salta de una página web a otra sin haber concluido su lectura, hay un impulso en señalar con el cursor las palabras activas que anuncian enlaces con otras páginas antes de terminar el texto que tenemos en pantalla; vence la tentación de la curiosidad de ver lo nuevo por llegar a la pantalla que lo que guarda el texto de cada una de ellas. Esto es para mí uno de los problemas más serios de la lectura en estos momentos, agravado por la lectura en pantalla. Hay que buscar formas de contener el derrame del texto, de retener la atención discursiva del lector. Y esta es la labor, precisamente, del nuevo libro en el espacio digital: encontrar estrategias nuevas para lograr su función principal —tal como defendí al principio de esta conversación—: confinar la información frente a la tendencia al derrame. El libro digital, sean cuales sean las formas que al final adquiera, seguirá siendo libro si consigue que el lector quede prendido en su discurso, y lo recorra, y lo intente vaciar a través de la lectura atenta y continua. Y esto tendrá que pasar por cambios formales —de presentación y dosificación del texto— y de organización en el texto —de organización hipertextual—. Ahora está sucediendo todo lo contrario, la información en pantalla empuja a perderse en una maraña de enlaces; la información está derramada, no confinada; si conseguimos recursos, concepciones de organización que la confinen, tendremos libro al otro lado de la pantalla. Es curioso; considero que



desde la pantalla se ha descuadernado el libro (que es decir que se le ha hecho perder su principal función, la del confinamiento), pero es la pantalla en donde confío que con nuevas concepciones hay que intentar recuperarlo.

RC: Su posición me parece original. Desde luego, en la cultura impresa podemos subrayar todas estas formas de fragmentación pero, por lo menos, aunque recuerde sólo un pasaje de un libro impreso, aunque lea solamente dos o tres páginas, hay algo que se impone de una cierta manera a mi práctica, y es la evidencia de la obra. Puedo ignorarla, puedo destruirla pero existe algo en esta división, quizá tradicional, entre el lector y el libro, que se da como una evidencia empírica. En el mundo digital, ¿cuáles son los criterios que permiten percibir la coherencia de una obra que no está producida para la fragmentación? —porque hay otras que están producidas para ella—. ¿Cómo se percibe esta existencia o esta identidad particular? Y, ¿por qué va a imponer al lector una relación más fiel a la intención estética o intelectual que en la cultura impresa?

ARH: Bien, lo primero que hay que superar para conseguir esta impresión de continuidad en el texto es la metáfora de la página. Ha sido hasta ahora extraordinariamente útil imaginar que estamos ante una página de papel, aunque lo que realmente tengamos sea una pantalla de ordenador. Esta metáfora facilitó la entrada del ordenador personal en el consumo masivo, hace dos décadas, pues se ofrecía prácticamente reducido a un procesador de textos que entraba en competencia con la máquina de escribir. De tal manera que la interfaz te hacía creer que tenías no una pantalla delante, sino una hoja de papel metida en el carro de la máquina. Fue una metáfora eficaz que rompió resistencias y acabó en pocos años con la máquina de escribir, a pesar de ser más cara, bastante más complicada, y necesitar de una conexión a la red eléctrica, pero, no lo olvidemos, jugaba además con la gran ventaja de que el texto en esta pantalla-página era blando, y eso facilitaba enormemente el trabajo de escritura. Y ya en época más reciente, de nuevo la metáfora de la página resulta una idea feliz para introducir masivamente otra actividad: la navegación por Internet. La interfaz de la World Wide Web se basa en la idea de que estamos ante un universo de páginas enlazadas. Esto ayuda mucho a la intuición para



moverse con soltura por una información aplastante. Sin embargo, esta insistencia en la metáfora de la página tiene su contrapartida, y es que dificulta ver la pantalla como un espacio de escritura y lectura distinto al de una hoja de papel. Y, desde luego, la pantalla no es una página. La utilidad de un principio se vuelve freno hoy para ensayar otra forma de entender el espacio de la pantalla, que es un espacio de tiempo, el que se mantienen sostenidas las palabras entre un clic y otro del lector. Cuando desaparecen las palabras, por obra de la acción del lector (un clic), no van a un reverso, como lo harían si estuvieran sobre una hoja, sino que se diluyen en los sucos interminables de un soporte discoidal. Una vez más el empeño de mantener una simetría especular con el espacio digital. Si nos liberamos de la atadura de la pantalla como una página, podremos llegar con más facilidad a ver que la pantalla es un espacio de tres dimensiones, no una superficie de dos. ¿Dónde está la tercera dimensión de la pantalla, la que le da profundidad? Pues bien, el texto en una hoja de papel reside en un espacio de dos dimensiones, pero si pliego el papel, es decir, si realizo una labor de papiroflexia, le doy volumen, obtengo una pipirola que ocupa un espacio de tres dimensiones. Lo interesante es que en el espacio digital —otra de sus atractivas posibilidades— puedo plegar no el papel, sino el texto; y un texto plegado es un hipertexto. La hipertextualidad es una labor de papiroflexia en la cual lo que se pliega no es el papel sino el texto. Por tanto, la profundidad de la pantalla se la proporciona la hipertextualidad, de manera que, cuantos más pliegues, más profundidad alcanza. Vea la diferencia, entonces, entre disponer de una hoja muy grande de papel y pasar a trocearla en fragmentos que entren en el tamaño reducido de una pantalla, y luego hilvanarlos con enlaces, vínculos o links, tal como se hace en la *www*, o bien, plegar esa hoja para que entre, sin fragmentarla, en las dimensiones de una pantalla. Aquí tenemos materializado el concepto de confinamiento y el de libro digital, que, a diferencia del libro códice, que pliega el soporte, el digital pliega el texto. Y el lector lo va desplegando con su lectura. Pero no olvidemos que para llegar a ver la profundidad a la pantalla hemos tenido que quitar la página; por consiguiente, el texto no tiene por qué tener la cantidad y distribución de la caja de una página, ni estar obligado a desaparecer a la vez todo el texto visible en la pantalla, como sucede al pasar la página, y lo mismo se puede decir de su aparición... Ya que no tenemos páginas, ya que



las palabras están sostenidas en pantalla, y no impresas, hay que explorar formas de tratar el texto, de distribuirlo, de dosificarlo, de hacerlo aparecer y desaparecer.

RC: ¿Existen ya algunos libros que han reemplazado los pliegos por los pliegues?

ARH: Bueno, estaba hablando de mi experiencia personal, de mi trabajo en el libro digital y, en concreto, del libro digital *Los estilistas de la sociedad tecnológica*, en el que aplico esta forma de entender el texto en pantalla.

RC: Es muy interesante lo que usted dice, pero también inquietante para los que desde fuera intentan reflexionar sobre esas situaciones. Tradicionalmente, lo que se plantea es la inadecuación de las nociones construidas dentro del marco de la cultura impresa a partir del XVIII —en términos jurídicos: propiedad literaria, cultural, derechos de autor, en términos estéticos: originalidad, singularidad; o en términos biblioteconómicos o descripción bibliográfica—, y cómo todas estas nociones, que parecen teóricamente universales, remiten de hecho a una forma específica de la cultura escrita.

Sin embargo, lo que usted introduce es que las nociones que utilizamos como opuestas y que nos obligan a reformular las tradicionales son, según su perspectiva, el objeto mismo de una nueva discrepancia. Por ejemplo, el hipertexto que no se corresponde con lo que debería ser y lo que empieza ya a ser. De esta manera, estamos ante una reflexión complicada y difícil porque a la vez opone las nociones de la textualidad electrónica a las nociones tradicionales para describir, clasificar, designar el mundo de los textos. Y, dentro de este sistema de oposiciones, hay una segunda, no percibida en algunos casos, que sería la existente entre las nociones más adecuadas a esta realidad textual móvil y que inventa cada día nuevas formas —o que debería hacerlo— y lo que hayamos cristalizado como un repertorio de términos para describir la textualidad electrónica. Creo que no puedo añadir nada a lo que usted ha dicho a propósito del futuro posible, deseable desde el punto de vista de la creación o de la lectura del texto electrónico.



La pregunta sería un poco diferente: hasta ahora, cuando ha aparecido una nueva técnica, la coexistencia entre una forma antigua y una nueva no ha sido siempre del mismo orden. Si pensamos en la invención de la imprenta con Gutenberg vemos cómo sobrevivió el manuscrito contra una cierta tradición de la Historia del libro, y no únicamente para la comunicación entre individuos o no como forma de ejercicio del poder sino, también, como forma de publicación. Igualmente, la forma de publicación manuscrita aparecía como esencial para ciertos públicos e incluso géneros. En este sentido, podríamos hablar de una mayor coexistencia entre las dos formas de inscripción y comunicación de los textos o como tradicionalmente la historia del libro nos lo ha presentado.

Ahora bien, si atendemos a la invención del códice nos encontramos ante una situación distinta. Con la aparición del códice el rollo desapareció en sus formas y usos en la Antigüedad; si continuaron utilizándose los rollos durante la Edad Media no fue para los mismos fines que el códice —la publicación de

Textos literarios, teológicos, jurídicos... —, por el contrario, sus usos se limitaban a los ámbitos administrativos o archivísticos. Además, estos rollos medievales no tenían la misma morfología que los de la Antigüedad.

De esta manera, la Historia no procura lecciones o enseñanzas, en algunas situaciones una nueva forma de inscripción y transmisión de lo escrito sustituye casi completamente a la antigua, y en otras nos encontramos ante la coexistencia de ambas formas. Quizá podríamos justificar estas dos posibilidades teniendo en cuenta que mientras que en el caso de la invención de Gutenberg no se cambió la forma del objeto libro, sí que se hizo con la invención del códice, imponiéndose como la forma normal de circulación de los textos. ¿Qué le parece la situación actual o de las próximas décadas, si no siglos? ¿le parece que vamos en una dirección más cercana a la invención del códice —es decir, que finalmente las otras formas de soporte de la textualidad van a desaparecer— o que, como con la invención de Gutenberg, hay ventajas para una coexistencia de las modalidades de inscripción de la escritura y de la producción libresco? ¿Cuál es en su opinión o deseo la dirección?



En el papel de hombre del pasado que estoy haciendo aquí, encuentro una mayor riqueza en la coexistencia de multiplicidad de formas de inscripción y publicación. Por otra parte, seguimos conservando el patrimonio textual antiguo conformado a partir de los rollos —casi desaparecidos—, de los códices manuscritos acumulados en las bibliotecas y más aún los códices impresos. Consideraría una gran pérdida para la civilización la imposibilidad de comprensión de la lógica de creación, transmisión o de apropiación de los textos a través de estas formas. Esta podría ser una razón fundamental para pensar que no van a desaparecer las bibliotecas. Pero ¿cómo se puede mantener esta relación de inteligibilidad con las formas textuales antiguas si desaparecen totalmente de la práctica contemporánea? Si queremos evitar errores a la hora de reconstruir el sentido que adquirirían las obras cuando se distribuían en la forma de rollo, o el sistema de comprensión de un lector de códices, deberíamos reforzar la vinculación casi obligada que existe entre la conservación y el acceso al patrimonio textual en su primera forma de circulación y la supervivencia en el mundo del lector contemporáneo — y en el futuro— del uso de estas formas. ¿Qué le parece: invención del código o invención de la imprenta en relación con el texto electrónico?

ARH: He venido creyendo siempre que por este efecto de la tecnología se está creando una cultura dual, basada en la permanencia de los espacios seculares de transmisión de los conocimientos —el aula y la página— y en la emergencia del nuevo espacio de la pantalla electrónica. Por un lado, el espacio arquitectónico del aula, de la sala de conferencias, y el de la página de un libro código, decreciendo, quizá, en presencia; y, por el otro lado, cada vez más actividades culturales, educativas, de formación realizadas en el espacio de la pantalla electrónica, y, así mismo, un creciente número de bibliotecas virtuales y de títulos de libros electrónicos digitales. El libro código irá aumentando su aprecio como objeto y por la posibilidad de una relación con el texto y con su soporte distinta a la ofrecida por el texto en el soporte digital. Y el acontecimiento de una conferencia o la impartición de unas lecciones en el aula seguirá valorándose, como sigue siendo atrayente asistir a un concierto o a un espectáculo deportivo, aunque dispongamos de discos o de transmisiones televisivas. Sin embargo, el crecimiento de la actividad al otro



lado de la pantalla, el deslizamiento de nuestra producción escrita serán tan intensos en estos años próximos que resultará difícil contener la tentación de muchos por anunciar, una vez más, el final de la etapa del libro sobre papel.

RC: Yo afirmarí que esta cultura sería más que dual, puesto que finalmente nos encontramos con tres formas de inscripción y comunicación de los textos, que podrían mantenerse o reducirse a una: una práctica manuscrita, la publicación impresa y, por último, tenemos todas las formas de textualidad electrónica, que dibujan caminos diversos que se movilizan para usos completamente diferentes. Por tanto, podríamos hablar de la existencia de tres posibilidades abiertas, utilizadas, manejadas. A partir de aquí podemos discutir este aspecto de la absorción por parte de la tercera —la textualidad electrónica— de los usos y funciones, productos... que ya se vinculaban con las dos previas —todo lo referido a una escritura manuscrita, para los otros o para sí mismo, y todo lo que se remitía a la publicación impresa—. Entiendo que cada día comprobamos esta aceleración de los cambios y la vampirización acelerada por parte de la técnica electrónica de las otras formas de escribir.

Igualmente, como historiador, admito que efectivamente sería absurdo pensar que todas las evoluciones respetan los mismos ritmos. Sin embargo, creo que la dimensión que hemos subrayado de la inercia de categorías o de la incorporación de prácticas, de hábitos, de gestos, no va a desaparecer con el ritmo de la propuesta tecnológica, del cambio de los aparatos y de los usos del texto electrónico. Sin embargo, nos encontramos ante el riesgo que supondría una fragmentación y no me refiero tanto a la de los textos sino más bien a una fragmentación de la sociedad. Hablo, más concretamente, de la ruptura que se producirá entre los que en sus sistemas de representación o en sus hábitos o prácticas pueden seguir, más o menos, este ritmo acelerado, frenético de los cambios y los que van a darse marginados, por razones diversas, si no encuentran las mediaciones ya mencionadas. A través de la discusión teórica sobre la convivencia de las tres modalidades de inscripción de la textualidad, realmente estamos hablando, implícitamente, de una fractura sociocultural. En este punto nos encontramos ante una



divergencia, a mi juicio absolutamente necesaria, puesto que como ciudadanos, como maestros, tenemos una responsabilidad para evitar que, in quererlo, la transformación —deseable desde otro punto de vista—, del mundo textual produzca una fractura dentro de la sociedad, una fractura aún más grande que las que hemos conocido en la larga duración de la Cultura escrita.

ARH: Veo muy posible esta fractura en el seno de las sociedades privilegiadas, las que están recibiendo los frutos de la tecnología, pero ya no sólo en lo que se refiere a los nuevos hábitos y formas de lectura y de escritura, sino también en otros niveles de la incorporación de la tecnología al trabajo, al entretenimiento, a la producción y acceso culturales... Apuesto por una brecha en el interior de las sociedades favorecidas más macada que la originada por la industrialización entre campo y ciudad. En este caso se está abriendo ya entre quienes trabajan con información y quienes no. Los primeros comienzan a liberarse de la disciplina laboral del tiempo, en forma de horario, y del espacio, manifestando en forma de necesidad de desplazamiento al lugar de trabajo, y a disponer de una facilidad de relación con el mundo digital y electrónico muy superiores al resto, lo que les prepara para otras recepciones de los usos de estas tecnologías en la vida cotidiana y el entorno doméstico. En relación con la lectura y escritura en el espacio electrónico, la educación puede y debe ser el instrumento nivelador y difusor de las nuevas formas y de las necesarias nuevas destrezas y actitudes.

En una dirección distinta, hay otro tema que me interesa traer aquí. ¿Debe la creatividad explorar y colonizar el mundo digital? Y mi respuesta sería que, indudablemente, está pendiente una entrada decidida de la creatividad en este terreno. Y creo que se tiene que centrar en estos cuatro puntos: uno es el de la dosificación del texto, porque la cantidad de texto en pantalla no tiene por qué atenerse al contenido en la caja de una página, ni que esa cantidad se mantenga pantalla tras pantalla, ni tampoco que recurramos a los tamaños de letra que pediría el papel. Otro punto es el de la distribución del texto en la pantalla y el de su aparición y desaparición; si ya no hay página ni papel, y las palabras no están impresas, sino sostenidas en la pantalla, no hay obligación de que la



entrada o salida del texto ante nuestros ojos se asemeje al paso de una hoja en el libro; pueden ser más apropiados otros efectos visuales para ayudar al ritmo de la lectura y al encadenamiento del texto. Por eso, y como tercer punto, es interesante ensayar formas de avance del texto que no sean por bloques, sino que en ocasiones una parte del texto se mantenga en la pantalla mientras otra entra y se ajusta a la persistente; siempre buscando las formas de dar continuidad visual a la lectura, porque las palabras no llegan ni del lado derecho de la pantalla, ni por su lado inferior, ni mucho menos de un reverso, sino que brotan del fondo de la pantalla, alcanzan la superficie iluminada, que es, más bien, interficie, se mantienen unos segundos ahí sostenidas, hasta que un gesto del lector las devuelve de nuevo al fondo de esta pantalla, que no tiene dos, sino tres dimensiones, que tiene profundidad. Y el cuarto punto de estudio es el plegado del texto, la hipertextualidad, los ensayos de papirolexia, tan laboriosa la hipertextualidad como la búsqueda de nuevas formas a partir de dobleces del papel. No le doy gran importancia a la posibilidad de incorporación del componente multimedia en el libro; que el libro incorpore entre sus líneas sonido o unas secuencias audiovisuales u otras animaciones no me parece que plantee muchas dificultades, ni que exija más esfuerzo que el de la edición de un libro ilustrado.

RC: Pero, ¿a través de qué mecanismos piensa que los autores de ficción o de textos argumentativos, demostrativos... van a incorporar estas exigencias teniendo en cuenta que aunque el interés sea enorme, a menudo desconocen muchas de estas realidades y posibilidades? Finalmente, ¿no sería una visión un poco idealista pensar que la gente va a incorporar por sí misma estos requerimientos?

ARH: Mi intención ha sido mostrar desde mi experiencia las posibilidades que tienen el texto y el libro en el espacio digital; otras personas podrán, sin duda, mostrar también otras posibilidades desde sus ensayos. No importa aquí apostar por dónde irá el camino de cambio y aparición de lo nuevo, porque lo interesante en este momento, y para los argumentos en esta conversación, es que se haga ver que una vez que se traslada el libro al otro lado de la pantalla surgen muchas posibilidades de que pueda ser tratado de



forma distinta, porque las cosas que están en el espacio digital tienen propiedades diferentes de su estado a este lado de la pantalla. Esto es lo importante, y esto es lo único que ahora se puede decir; aunque experimento con el libro digital, no podría pretender —por mucho que apreciara mi trabajo y por desmesurada que fuera mi vanidad— que los resultados se impusieran y extendieran como norma; pero sí hacer ver que el libro pervive y, sobre todo, que el libro se transformará, que no va a quedarse en una copia virtual del libro códice.

RC: Históricamente observamos cómo los autores que escribían sus textos para ser recogidos en códices encontraban muchas dificultades para liberarse de las divisiones textuales del rollo. El concepto del libro, en términos de una división textual, a menudo retomaba una visión material, es decir, una cantidad de texto que anteriormente correspondía a un rollo y que se transformaba en un libro en el sentido textual dentro de un códice. Lo mismo le ocurre al libro códice impreso para liberarse de las formas del manuscrito, de esta forma fue necesario un siglo para inventar formas específicas y más tiempo aún para que los autores incorporaran las nuevas posibilidades ofrecidas por el texto impreso.

Aún suponiendo una aceleración como la que usted describe, pienso que subsistirán tensiones como las que acabo de mencionar. ¿A través de qué mecanismos se puede pensar que hay una escritura que va a incorporarse inconscientemente, un público que va a leer este texto de una cierta manera en relación con un soporte electrónico y que va a aprovechar las posibilidades o constreñimientos de esta nueva tecnología para integrarlas en la producción abierta, en la constitución argumentativa de algo que sería un hipertexto real —como el que usted nos ha descrito hoy aquí— y no solamente vínculos dentro de la escritura?

ARH: la evolución tecnológica acelerada de estos años nos ha llevado a ser cada vez más impacientes; los procesos que antes se medían en siglos y se escapaban, por tanto, del seguimiento de una generación, ahora algunos se resuelven en muy pocos años; y, sin embargo, estos pocos años nos parecen siglos. Acaba de emerger el mundo digital y de



iniciarse el precipitado de los objetos y actividades de nuestro mundo, llamado natural, al digital; es sólo el comienzo, pero ya todos queremos resultados estables y bien concretos, cuando, curiosamente, un entorno en cambio tan acelerado hace aumentar la incertidumbre. El libro va a cambiar y, sin embargo —esta es mi defensa—, seguiremos reconociéndolo en el otro lado de la pantalla. El impulso para su transformación vendría de la exploración de los creadores, pero también, y con mayor urgencia, de la necesidad imperiosa de cambio para que pueda funcionar en el nuevo medio. En este umbral en que ahora estamos, creemos que la mejor garantía de supervivencia es reproducido allí, en el espacio digital, tal como lo tenemos aquí; pero también sabemos que la historia nos dice una y otra vez que esto es sólo empeño pasajero, porque las nuevas posibilidades romperán la horma de lo seguro y bien probado, para sorprendernos con lo imaginable y, en el caso de la escritura, con su plasticidad para adaptarse y para explotar las capacidades expresivas que le proporciona el nuevo medio.

RC: *El futuro del libro y el libro del futuro*: tal era el tema que nos propusieron Emilio Torné y Enrique Villalba para nuestra conversación. No se si hemos cumplido sus expectativas. Pero el diálogo entre su manera de imaginar un futuro que no está encerrado de ninguna manera en las realidades técnicas o conceptuales del presente y, por otro lado, el inventario de las herencias históricas, las desigualdades sociales y culturales, o los conflictos de intereses que rigen las apropiaciones de las nuevas posibilidades nos permite pensar sin temor, pero también sin ilusión el porvenir de la Cultura escrita. Me parece un buen ejemplo del uso crítico de nuestro juicio tal como lo sugería Kant.